

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN JUAN DE MATA,

FUNDADOR DEL ÓRDEN DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

(DE TRONCOSO.)

*Ego Dominus vocavi te in justitia... et dedi te in fœdus populi...
ut aperires oculos cœcorum et educeres de conclusione vinc-
tum.*

Yo el Señor te he llamado por amor de la justicia y te he destinado á hacer alianza con un pueblo, para que abras los ojos de los ciegos, y saques del cautiverio á los que gimen entre hierros.

Isaias, c. 42. v. 6 y 7.

El cristianismo que tan luego como apareció en el mundo desarrolló toda su poderosa influencia para abolir la esclavitud, no se contentó con atacar el principio de este monstruoso desorden. Era preciso que llevase á cabo tan generoso designio y diese cima al gran pensamiento de romper los hierros con que se hallaba aprisionada una muchedumbre de seres infelices que gemian bajo el tiránico yugo de faraones crueles y protervos, que ejercian sobre sus víctimas todo el rigor de su implacable saña. Ya andando los siglos se habian visto hombres de gran corazon, que sumamente afectados de las miserias y padecimientos que los cautivos sufrían en tierras infieles, se despojaron de sus bienes por socorrer su mendicidad y vendieron hasta los mismos vasos sagrados para conseguir su libertad (1).

(1) S. Ambrosio, arzobispo de Milan el año 372 hizo fundir toda la plata de su iglesia para rescatar á los esclavos que gemian en poder de los Godos. S. Agustín imitó este bello ejemplo en el año 390. Otro tanto hicieron Acacio obispo de Amidia, y Deodato obispo de Cartago en 455.

Pero no era esto suficiente para llenar los designios de la Providencia, que tenia determinado establecer en la iglesia un orden insigne, cuyo instituto fuese el consagrarse por todos los medios posibles á arrancar de las manos de la tiranía á los que en país extraño comian el pan de la tribulacion y se abrevaban con el agua de las lágrimas. Para empresa tan colosal era necesario un hombre singular, un genio benéfico, un nuevo Moises dotado de una mansedumbre sin semejante, de una fe viva, de una esperanza imperturbable, de una caridad heróica, de un valor intrépido, de una constancia invencible, ungido del espíritu del Señor y en todo semejante al Redentor de la humanidad.

¿Y quién será este hombre prodigioso destinado á recibir tan alta mision? ¡Oh Señor, enviad al que habeis de enviar! La iglesia santa gime inconsolable al ver la infelicidad de millares de hijos suyos que arrastran las mas pesadas cadenas, y llevan sobre sí el peso insoportable de una esclavitud que amarga sus dias y amenaza su fe. De las arenosas llanuras del Africa salen voces confusas, lamentos punzadores, acentos tristes que piden la libertad. Centenares de víctimas hacinadas unas sobre otras en las negras mazmorras de Argel, Túnez y Marruécos levantan hasta el cielo sus gritos, y como los gabaonitas sitiados por Adonisedec no cesan de clamar: ¡Levántate presto y ven á libertarnos! *Cito ascende et libera nos* (1). Esperad, seréis infortunados; ya el Señor ha oído vuestras plegarias, y próximo está el dia de vuestra redencion. El libertador de los cautivos está ya designado por el cielo. Juan de Mata es su nombre. Este es el genio portentoso que el ser supremo tenia reservado en los inefables tesoros de su misericordia para impulsar el pensamiento mas sublime, grandioso y humanitario. A él es á quien Dios ha dicho: «Yo el Señor te he llamado por amor de la justicia y te he destinado á hacer alianza con un pueblo, para que abras los ojos de los ciegos y saques del cautiverio á los que gimen entre hierros:» *Ego Dominus vocavi te in justitia... et dedi te in fœdus populi... ut aperires oculos cœcorum et educeres de conclusione vincum.*

Ved aquí, católicos, la mayor gloria, el mas noble blason de mi excelso patriarca. Él ha sido el primero que en la iglesia ca-

(1) *Josue, c. 10. v. 6.*

tólica recibió del cielo la mision sin par honorífica de continuar sobre la tierra la gran mision del divino Redentor de los hombres. Él ha sido el primero en quien se fijaron los pensamientos del Altísimo para realizar un pensamiento, al que los padres de la iglesia con san Gregorio no han dudado llamar el rasgo mas grandioso y sublime de la caridad; al que la impiedad misma no ha dudado colocar en el grado mas heroico de la beneficencia cristiana (1).

¿Qué otra cosa mas grande podré yo decir en tu elogio, oh insigne patriarca mio? Ah! léjos de mí un lenguaje apasionado y que no haria sino desfigurar el cuadro brillante que ofrece la historia de tu vida portentosa. No haré pues, católicos, mas que presentar en su sublime sencillez las acciones heroicas que han inmortalizado su nombre; y sin separarme un punto de las palabras que me sirvieron de texto, haré ver: 1.º su heroísmo en responder al llamamiento de Dios para fundar el instituto grandioso de la redencion de los cautivos: *Ego Dominus vocavi te et dedi te in fœdus populi*. 2.º Los inmensos servicios que ha prestado al mundo y á la iglesia, consagrándose por sí, y haciendo que otros muchos se consagren á esta obra de cristiana beneficencia: *ut aperires oculos cæcorum et educeres de conclusione vinctum*. Ved aquí todo el plan de mi discurso. *Ave Maria*.

PRIMERA REFLEXION.

Tanto mayor es el heroísmo del hombre, cuanto mayores son y mas arduas las empresas que acomete. Sacrificarse por sus hermanos, renunciar por ellos el esplendor de una cuna ilustre, las conveniencias de un porvenir lisonjero y las distinciones mas brillantes de la sociedad, son acciones que no pueden justamente calificarse, porque exceden en mucho á quanto

(1) Un célebre incrédulo del último siglo, despues de haber hablado de muchos institutos consagrados al servicio del prójimo, dice: « Hay otro todavía mas heroico, y tal es el de los Trinitarios de la redencion de cautivos, establecido por un gentil hombre llamado *Juan de Mata* hácia el año 1120. Los religiosos de este orden se dedican hace cinco siglos á romper las cadenas de los cristianos que gimen en la esclavitud; en este objeto emplean sus rentas y las limosnas que recogen, y ellos mismos en persona van al África para realizar este gran pensamiento. » (*Essais sur l'histoire géner. c. 135.*)

de grande y heroico ofrecen los anales de la humanidad. Pero no hay cosa comparable al sacrificio de aquellas almas magnánimas y generosas que por despedazar los hierros de la esclavitud en que gimen hombres á quienes no conocen, con quienes ningun lazo les estrecha sino el vínculo comun de la caridad, abandonan su patria, sus padres, su familia y quanto poseen para ir á traves de los mares y por entre climas bárbaros, á fijar su morada en medio del espectáculo horroroso del infortunio, en la oscuridad de las prisiones, en el seno de la barbarie y de la tiranía.

Tal era, señores, la colosal empresa á que era llamado mi excelso patriarca san Juan de Mata, y á la que desde su mas tierna infancia respondió con un heroísmo que ha admirado á los siglos y llevará la gloria de su nombre hasta las mas remotas generaciones.

Corria el siglo XII de la era cristiana: la Europa entera se veía inundada de bárbaros, que llevados de una desmedida ambicion y de un odio implacable contra el Crucificado, cruzaban los mares, y haciendo continuas correrías por el continente, cargaban sus naves de cristianos á quienes conducian cautivos, aprisionados con cadenas y en la mas lastimosa desnudez, para hacerlos servir de objetos de su implacable saña ó de instrumentos de su lubricidad. El cristianismo lamentaba en silencio estos excesos, pero no podia proporcionar á aquellos seres desgraciados mas consuelo que la compasion y las lágrimas. Entónces fué cuando el Dios de Israel, movido de los gemidos de sus hijos, llamó por su nombre al nuevo Moises de la ley de gracia, para que presentándose con los suyos delante de los tiranos que oprimian á su pueblo, les diese la deseada libertad.

Vedle salir del seno de la Provenza, cual astro luminoso que desde su misma cuna presagia ya la claridad que ha de suceder á la horrorosa oscuridad que enluta el horizonte europeo. Si le contemplais en Falcon asido todavía al pecho de su madre, y absteniéndose algunos dias en la semana del alimento necesario á su débil existencia; si le seguís á Marsella y le mirais uniendo al estudio de las letras los ejercicios de la mas fervorosa piedad; si en Aix le veis triunfar de las pasiones con un heroísmo que le hace respetable á todos sus jóvenes condiscípulos, y leer en el corazón de los libertinos sus mas recónditos pensamientos; si en medio de sus ocupaciones le hallais empleado en los actos

mas edificantes de caridad, visitando los hospitales, recorriendo las cárceles, consolando á los enfermos, exhortando á los prisioneros y derramando en las manos de todos los socorros mas abundantes, no creo os quedará la menor duda de que Juan de Mata es el destinado por el cielo para solazar la miseria de los indigentes y acallar los gemidos de los pobres que yacen en la esclavitud. ¿Y qué dirés si notais atentamente la emocion profunda con que en aquella tierna edad besa los grillos de los prisioneros, y se entretiene con sus cadenas? ¿Cuántas veces se le oyó repetir en estas ocasiones aquellas palabras consoladoras: «Algun día libtaré yo á mis hermanos que padecen por la gloria de Jesucristo: yo romperé sus cadenas y les daré la libertad!»

No nos detengamos empero en admirar los primeros crepúsculos de este sol luminoso. Dejémosle en buen hora lucir en la célebre Atenas de la Francia y recoger los aplausos de la universidad de Paris, emporio á la sazón de las ciencias y bellas artes. Felicítente los genios mas eminentes en sabiduría por los rápidos progresos que hace en toda clase de conocimientos. Hónrenle con la láurea doctoral, y confíente una de las principales cátedras de aquel sabio y esclarecido claustro. A nosotros nos cumple admirar el heroísmo con que supo responder á la vocación del cielo, cuando este creyó llegado el tiempo de destinarle á la grande empresa que formaba los deseos de todo el cristianismo, y que con tanto anhelo reclamaba la humanidad afligida por el mahometismo.

Sí, católicos, el momento decretado en los consejos del Altísimo para suscitar en la iglesia el Moisés de los cristianos, tocaba á su complemento. El obispo de Paris cree de su deber promover al sacerdocio á Juan de Mata, y este, á pesar de su humilde resistencia, mírase obligado á recibir el orden sagrado. Ved ya á ese ángel de paz que camina al santuario para ofrecer el primer sacrificio al eterno mediador de los hombres. Rodeado de una muchedumbre prodigiosa de fieles que enajenados le contemplan, sube al ara santa: el momento de la consagración se acerca: ya sus manos angelicales elevan el Cordero sin mancha: sus ojos se fijan en la hostia sacrosanta: sus sentidos pierden la acción: extasiase su alma: una luz brillantísima rodea el altar, y Juan de Mata ve un ángel bajo la forma de un gallardo jóven, adornado de una vestidura blanca como la nieve,

cuyo pecho embellece una cruz de color celeste y encarnado, y que con sus manos sostiene dos cautivos cargados de grillos y pesadas cadenas.

¿Qué pues te resta ya; oh varón insigne! para conocer los designios de Dios? Esos seres misteriosos que has visto entre hierros ¿no te manifiestan el estado lamentable á que se mira reducida una gran parte de la humanidad? Ese espíritu celestial que te los presenta ¿no es un emisario del Redentor eterno, que te llama en auxilio de los cautivos, y por su boca te dice: «yo el Señor te he llamado por amor de la justicia, y te he destinado á hacer alianza con un pueblo para que quebrantes el ominoso yugo de la esclavitud en que gimen mis hijos? ¿Te resistirás á un precepto tan marcado y visible? ¿Permitirás que se prolongue aun el infortunio de tus hermanos, y que sus ojos continúen vertiendo llanto inconsolable?»

No, católicos, mi excelso patriarca no resiste á la vocación del Señor; sus entrañas se conmueven á vista de las aflicciones de sus hermanos que gimen en el cautiverio, y la caridad que desde su infancia arde en su pecho le hace desear cuanto ántes el momento de sacrificarse por su libertad. Prudente empero y lleno de una santa cautela contra las seducciones del error, quiere asegurarse de la verdad de la misteriosa visión que acaba de tener. Si consulta el negocio con el obispo de Paris, si se somete al parecer de los célebres abades de san Victor y santa Genoveva, si implora las luces del Espíritu divino por medio de la oración continua, de las austeridades, del ayuno y de los ejercicios de piedad, no es sino para estar mas cierto de su elección. No serán inútiles los medios que mi excelso patriarca emplea al efecto. El Señor confirmará al gran Guzman que á Juan de Mata tiene reservado el honroso destino de despedazar los hierros con que los cristianos gimen aprisionados (1), y

(1) No hay quien ignore que habiéndose presentado á Sto. Domingo de Guzman una mujer pidiéndole que orase al Señor por un hermano suyo á quien tenían cautivo los moros, el santo se postró á los piés de un crucifijo á implorar la libertad del desgraciado: y estando en lo mas fervoroso de su oración, oyó una voz que le dijo: «Hijo mio Domingo, yo tengo otros designios acerca de tu persona; no es mi ánimo emplearte en la redención de cautivos. Para esta santa obra he puesto mis ojos en Juan, doctor de Paris, cuya caridad y heróicas virtudes tú mismo admirarás un dia.» *Fili, pro quo preces effundis, ea res te non attinet: ad alium attinet doctorem*

donde quiera hará conocer al mundo que él es entre todos el escogido para hacer alianza con un pueblo santo, cuyo instituto ha de ser la redencion de los cautivos.

Así sucedió en efecto, amados oyentes, y en su consecuencia mi excelso patriarca, no pudiendo ya dudar de una vocación tan prodigiosamente manifestada, se presenta á su prelado, y con su bendicion prepárase á partir al punto á la ciudad eterna á declarar al supremo pontífice de la Iglesia sus designios, y obtener su beneplácito. Mas ah! No bien ha concebido este pensamiento, cuando el Señor deteniéndole en su carrera, le inspira que vaya al desierto, en donde quiere manifestarle mas de lleno su divina voluntad. Así lo ejecuta el obediente Juan de Mata; guiado por el espíritu de Dios, penetra en la espantosa soledad de Ciervofrio: atraviesa sus escarpadas rocas, llega á un espeso bosque, y entre sus enramadas apercibe una gruta. Oh Señor! ¡cuán incomprensibles son vuestros juicios! cuán superiores á la humana inteligencia los arcanos de vuestra sabiduría! No temas, héroe insigne, no receles acercarte á esa solitaria mansion; en ella mora el que ha de ser compañero inseparable de tus tareas, y socio tuyo en la fundacion del orden de la santísima Trinidad para la redencion de los cautivos.

No me detendré, católicos, en describiros el espectáculo sublime que se ofreció en aquella soledad al encontrarse mi excelso patriarca con san Félix de Valois, que ya por revelacion divina habia sabido su llegada. Nada os diré de las emociones que experimentaron aquellos dos corazones abrasados en el amor divino, y henchidos de la mas ferviente caridad hácia sus prójimos; nada de la vida mas que humana que hicieron durante su mansion en aquella soledad; nada en fin de los portentos con que el cielo les preparó para el gran designio que meditaba realizar en breve por medio de estos dos ángeles del desierto. Mas no me es posible pasar en silencio un acontecimiento que por lo extraordinario debe llamar sobre manera nuestra atencion. Hallábanse los dos santos solitarios reposando al lado de una fuente, cuando de repente ven aparecer delante de ellos un enorme ciervo; fijan en él su vista, y con el mayor asombro aper-

parisiensem Joannem, et socios quibus ego hanc provinciam imposui. Fr. Jacinto Parra en su *Rosa laureada, triunfo 4*, p. 210. Lorea, vida de S. Raim. de Peñafort, c. 9, § 3, p. 88 y 89.

ciben entre sus astas una hermosa cruz celeste y encarnada, semejante en todo á la que mi excelso patriarca viera en el pecho del ángel que se le apareció en su primera misa. ¡Cuál seria la admiracion de Félix de Valois al presenciar este prodigio cuyo misterio ignoraba! Pero mi excelso patriarca ni un solo instante quiso tener suspenso el corazon de su fiel amigo. Comunícale la vision maravillosa que habia tenido en Paris en el dia de su primer sacrificio; hácele confidente de todos sus secretos; exhórtale á unirse á él para la grande empresa que el cielo le ha inspirado; é impulsados ambos por Dios con repetidos avisos interiores, decídense á volver á Paris y comunicar al obispo de aquella ciudad y al abad de san Víctor todo lo ocurrido; lo cual ejecutado, y habiendo recibido de estos dos insignes varones cartas de recomendacion para el sumo pontífice, parten á Roma deseosos de cumplir las órdenes del cielo, y de consagrarse á honra y gloria de la Trinidad beatísima al benéfico ejercicio de redimir los cautivos.

Ved ya á esos dos varones de buen testimonio en presencia de Inocencio III, implorando la bendicion apostólica para la fundacion del nuevo orden. El soberano pontífice que ya en un sueño misterioso habia sido ilustrado acerca de su llegada y de los designios que sobre ellos formara la divina Providencia, le recibe con todas las muestras de aprecio que merecia su extraordinaria virtud y santidad; les da las mas lisonjeras esperanzas de un éxito feliz, y solo espera los auxilios divinos para decidir en un asunto de tanto interes. No tardó el Señor en dar el mas ilustre testimonio acerca de este santo instituto. Llegó el dia 28 de enero de 1198, dia feliz para el cristianismo, dia del mas grato placer para la humanidad afligida en las mazmorras del África, dia de eterna memoria para los hijos de la iglesia católica, dia en que se declaró el origen divino del orden sagrado de la santísima Trinidad. Inocencio III acompañado del sagrado colegio y de nuestros dos excelsos patriarcas, se dirige á la basílica de san Juan de Letran; celebra con toda solemnidad el santo sacrificio; y al llegar á la elevacion de la sagrada hostia, una luz brillantísima rodea el ara santa; el cielo parece trasladarse á aquel augusto recinto; su santidad se mira arrebatado en un maravilloso éxtasis, y ve á un ángel en la misma forma que en Paris le habia visto mi excelso patriarca (1). En-

(4) La iglesia autoriza esta revelacion en la segunda leccion del segundo

tónces el sumo pontífice léjos de dudar de la voluntad suprema, felicita á los dos santos por su eleccion para ser los fundadores de un órden tan insigne, cuyo fin era tan loable, y cuyo origen é institucion no era obra de hombres, sino exclusivamente de Dios: *Hic est ordo approbatus, non à sanctis fabricatus, sed à solo summo Deo.*

Tal fué el elogio que el oráculo de la iglesia hizo de nuestro órden insigne; los siglos han comprobado esta verdad, y la humanidad entera, testigo irrecusable de los inmensos beneficios que donde quiera ha derramado, no cesará de bendecir el día en que se vió realizado este portentoso extraordinario. Pero volvamos á nuestros excelsos patriarcas: contemplémosles adornados por mano del mismo pontífice de aquel celestial hábito, que en lo sucesivo habian de vestir los hijos de la santísima Trinidad; sigamos sus pasos á Paris, á donde vuelven á presentarse al obispo y al abad de san Víctor; de allí acompañémosles á su antigua soledad de Ciervofrio, en donde fundan el primer convento de su órden. ¿Mas cómo sería posible, católicos, reducir al breve espacio de un discurso la maravillas que sucedieron, las virtudes que ejercitaron, el tenor de vida que observaron, las leyes sábias al par que admirables que establecieron y los discípulos que se les agregaron? Ah! Dejemos á los historiadores el empeño de trazar circunstanciadamente los detalles de su portentosa vida. Dejemos al ilustre san Félix de Valois rigiendo y gobernando en Ciervofrio á aquella nueva grey, sigamos á nuestro excelso patriarca san Juan de Mata en sus empresas; y despues de haber admirado su heroísmo en responder al llamamiento de Dios, para fundar el sagrado instituto de la redencion de los cautivos, admiremos los grandes servicios que ha prestado á la Iglesia y á la humanidad consa-

nocturno del oficio de N. S. Patriarca S. Juan de Mata. El mismo Inocencio III en las bulas que expidió en favor de nuestro sagrado órden y en la carta que escribió al rey de Marruécos, indica esta revelacion y el especial impulso que tuvo del cielo para la fundacion del órden de la Sma. Trinidad. S. Pio V. en su bula que empieza: *Cum sicut accepimus*, dada en 1571, hace un elogio muy singular de la caridad con que se distingue el órden trinitario, y dice expresamente que fué instituído por inspiracion divina: *Divino quodam afflatu*. Todavía lo dijeron mas claramente Clemente V, Gregorio XIII y Urbano VIII en sus bulas y breves que cita el Mtro. Arcos en un memorial impreso en 1661, y Macedo en el apéndice á las vidas de NN. SS. Patriarcas. (V. las Decret. de Inoc. III, y el Bulario de Cherubino.)

grándose por sí, y haciendo que otros muchos se consagren á esta obra de cristiana beneficencia. Este será el asunto de la

SEGUNDA REFLEXION.

El pensamiento mas elevado de mi excelso patriarca habia sido desde su mas tierna edad el rescate de los cautivos. Esta idea ocupaba toda su atención, y ni un solo momento habia en que su alma abrasada en el incendio de la mas ferviente caridad, no exhalase los mas tiernos suspiros en pos de aquel día en que, trasladándose á las costas del África, lograrse romper los hierros que aprisionaban á sus hermanos. Los gemidos de aquellos infelices resonaban de continuo en sus oídos; parecíale ver siempre á su lado aquellas víctimas de la ferocidad mahomética, que le pedian la libertad. Por eso, tan luego como hubo dispuesto las reglas mas convenientes para el régimen de su órden, se traslada á Roma á obtener de la santidad de Inocencio III su confirmacion, y trabajar en la fundacion de nuevos conventos, en donde se formasen héroes de la caridad para el desarrollo de su grandioso designio. El cielo bendice la obra de mi excelso patriarca, y por donde quiera ve multiplicarse su descendencia, y crecer mil vástagos preciosos, que animados de su mismo espíritu ansían sacrificarse por sus hermanos cautivos.

¡Qué activo es el celo de este nuevo Moises! Bien así como el rayo que gira en todas direcciones y por donde quiera deja impresas las huellas de su rápido curso, mi excelso patriarca no cesa de correr á todas partes, á donde le llama la gloria de su Dios y el bien de sus prójimos. Ora le veréis alzando su elocuente voz en los púlpitos, exhortando á los fieles á la compasion de los infelices, que sepultados en las prisiones del África, gemian inconsolables y experimentaban todos los horrores de la mas bárbara tiranía, y animando á los príncipes cristianos á la conquista de los santos lugares ocupados en Siria por los mahometanos. Ora le admiraréis enviando á sus dos hijos Juan Anglico y Guillermo Escoto al reino de Marruécos con cartas del papa Inocencio para tratar con el rey Miramamolín del rescate de ciento ochenta y seis cautivos, primicias preciosas de su ardiente celo. Tan pronto está en medio de sus hijos, alimentándoles con las palabras de vida y animándoles